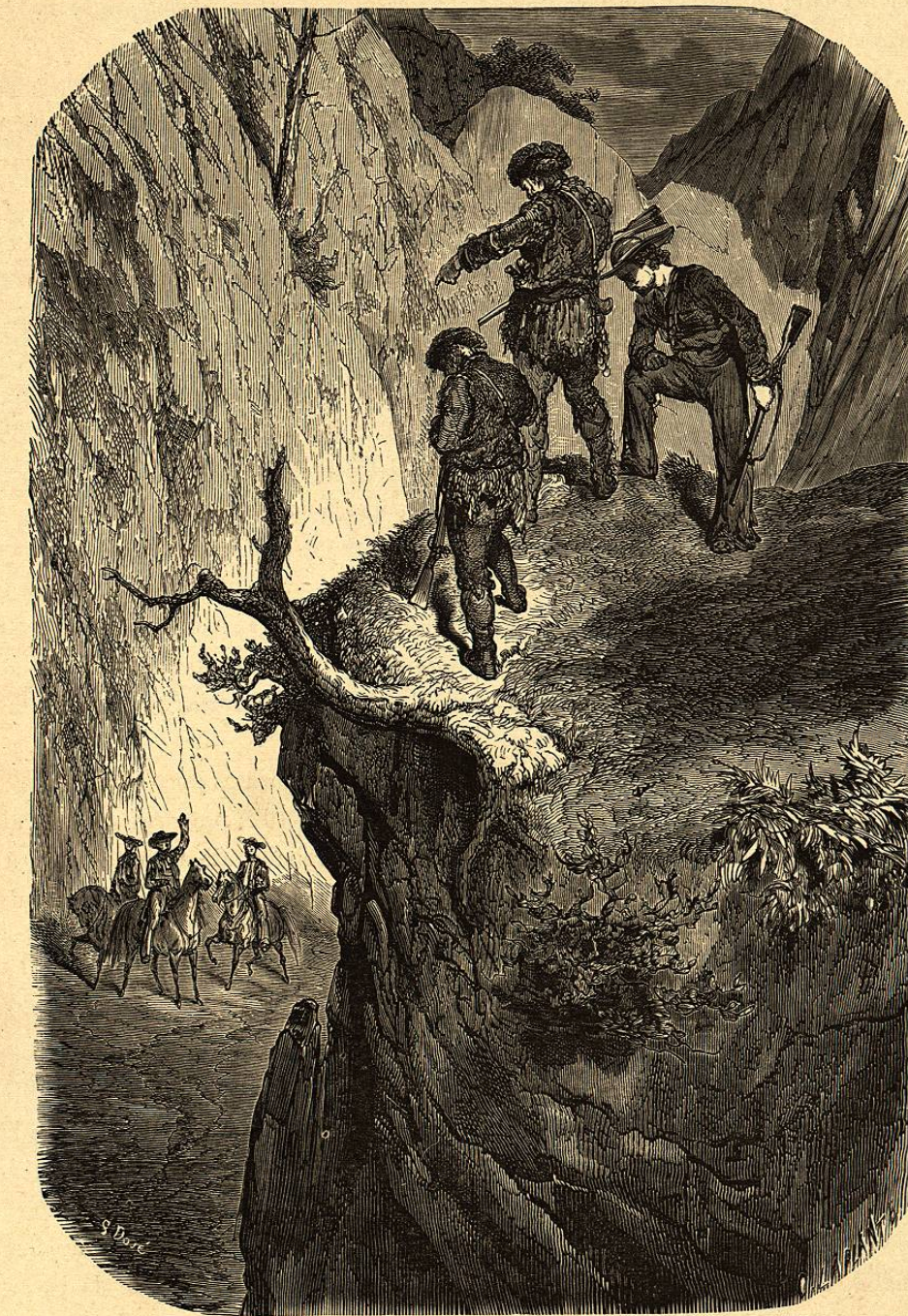


al hombre cuando le ve, en cambio huye cuando le olfatea. Este es un hecho comprobado por todos los cazadores, y pueden citarse muchos ejemplos de hombres inermes que se han salvado corriendo hacia el sitio donde el viento llevaba en sus alas sus emanaciones al

oso. La fiera, al percibir las, se paraba, se erguía, y, por fin, emprendía la fuga.

Casi todos los animales dan señales de terror al percibir las emanaciones que señalan la presencia del oso gris. Los animales domésticos muestran la misma in-



En acecho

quietud que cuando oyen los rugidos del tigre ó del león. Su pavor llega á tal extremo, que se asustan ante el cadáver ó la piel sola del animal.

El oso gris vagaba á orillas del Missouri y las fértiles praderas que riega; pero, al igual que multitud de tribus salvajes, ha ido retrocediendo paulatinamente

ante la civilización, y hoy sólo se le encuentra en regiones elevadas, en las Montañas Rocosas, en las Costas Negras, gran cadena de montañas situada cerca de treinta y tres leguas al este de las Rocosas, y bosques vírgenes de Arkansas. Allí se oculta, ya sea en cavernas ó en agujeros abiertos por él, al pie de las raíces

y de troncos seculares, tronchados por el rayo y la tempestad, y que yacen derribados en el suelo de aquella naturaleza virgen y prodigiosamente bella.

Rojos y blancos, los cazadores consideran la caza del oso gris como la más heroica y difícil del continente americano.

La caza de aquella alimaña se realiza con preferencia á caballo, y el cazador suele aproximarse á la fiera para disparar casi á boca de jarro; pero desdichados del caballo y del jinete que son alcanzados por sus terribles garras. El hombre debe tener la mirada y el pulso seguros y firmes para herir á la fiera en un sitio vital, porque es muy difícil matarla, y rara vez un golpe es mortífero, á menos de atravesar el corazón ó la cabeza.

II

Palliser, que cazó cinco de esos terribles animales sin haber recibido ninguna herida grave de sus dientes y garras, confirma las narraciones de los indios acerca de la rabia y crueldad del oso gris, al igual que su fuerza y resistencia.

Los inmensos bosques vírgenes que prestan sombra y misterio á las márgenes del Arkansas, del Missouri, del Nebraska, y á toda esa dilatada comarca enclavada en la parte noroeste de la América del Norte que se conoce en los Estados-Unidos con el nombre de país indiano, es el lugar favorito y la escena colosal que sirve de teatro á las fechorías del oso feroz ó oso gris, el más fiero, y quizás el más terrible, de todos los animales, dotado, como lo está, por la naturaleza, de unas cualidades que le hacen superior. para el mal, á todas las fieras conocidas.

A la estupidez y corpulencia del oso blanco de los mares del polo, une la ferocidad del jaguar y la fuerza hercúlea del león, siendo el terror y el espanto de los habitantes nómadas en los países en que reside. Su talla pasa de ocho pies y medio; tiene el cuerpo cubierto de pelos largos muy espesos, principalmente en el cuello, y de un color pardo bastante claro. Su fisonomía es horrible; su agilidad, igual á su prodigiosa fuerza; su valor, indómito; y la crueldad de sus perversos instintos excede á toda pintura que de ella se haga, por recargada que sea.

El oso gris es solitario por inclinación y por costumbre, y parece que se ha trazado un círculo del que no

sale nunca, círculo que contiene los pueblos errantes de los Pies-Negros, los Kamarkas, los Barrigones, los Narices-Taladradas, los Cabezas-Chatas, y otros países en donde apenas han podido penetrar las corrientes de la civilización moderna. La fiera de que nos ocupamos participa, pues, esencialmente, de los hábitos salvajes que la rodean, y se embravece con el ambiente selvático que allí se respira.

Los traperos, los traficantes de pieles y los cazadores, son los únicos hombres que han llegado, hasta el día, á recorrer aquellas agrestes y medrosas soledades, dilatado imperio en que el oso domina como señor absoluto, ejerciendo la tiranía de sus garras sobre todos los animales que le acompañan en la vida del desierto.

Durante el día, no se le ve por parte ninguna, porque lo pasa durmiendo en el lugar más recóndito de las cuevas que le sirven de domicilio; pero en cuanto el Sol comienza á declinar se despiereza, y á la media luz del crepúsculo vespertino sale de la guarida y da principio á sus sangrientas cacerías.

Los gamos, los venados, los corzos y otros animales ligeros son objeto de su especial predilección. Colocado detrás de los matorrales, los acecha sin hacer ruido alguno; y lanzarse sobre ellos con la agilidad del tigre, y devorarlos con furia, es, para él, la obra de un instante.

Cuando la caza es poco abundante en lo alto de los montes, baja á las praderas y á los valles donde pacen inmensos rebaños de bisontes, que, á pesar de su número y de sus temibles cuernos, no pueden hacer frente á la acometida del oso. Inútil es que se estrechen y enlacen entre sí, presentando una triple fila de cuernos, evolución semejante á la que hacen las tropas regulares cuando forman el cuadro para resistir mejor el empuje formidable de un enemigo superior: el oso se arroja á ellos con intrepidez, rompe las filas, dispersa á los bisontes, los persigue, los estruja entre sus férreos brazos, fracturándoles el cráneo con los dientes; y así que se harta de matar, y contempla el campo lleno de cadáveres, es cuando se acuerda de que tiene hambre, y devora los cuerpos de sus víctimas.

El único enemigo temible para el oso, el que le resiste, le desafía y le ataca, sosteniendo con él un combate cuerpo á cuerpo, es el salvaje medio desnudo, nacido, como él, en las inclemencias y privaciones del desierto.

Tiene el cazador indio una perspicacia maravillosa para descubrir, en el invierno, la cueva que el oso pardo ha elegido como vivienda habitual. En las demás estaciones, sabe esperarle en los sitios que frecuenta, sorprenderle en su emboscada cuando el animal mis-



Lucha entre el indio y el oso